

gama; desde el cognac fino hasta el aguardiente que abrasa y corroe. Contrajo el alcoholismo, tiróse á él, más bien dicho, como al único Leteo adecuado á sus alcances y á su desgracia.

Y por arraigado hábito,—¿quién reprocha al licenciado de presidio que arrastre el pie con que por años y años tiró de los férreos eslabones y de la monstruosa bala de cañón?—por alcohólica, por enferma y por desgraciada engañó á Rubio con frenesi positivo, sin parar, donde se podía, en la calle, en el baño, en los carruajes de punto, en la mismísima vivienda. Y antes y después del engaño reincidente, bebía, bebía... en ocasiones, se quejaba, reapareciéndole los dolores alarmantes y raros...

Cuando al fin Rubio se enteró, al cabo de varios perdones, y participaciones en excesos alcohólicos; cuando la expulsó despiadada y brutalmente, Santa estaba borracha. Al cochero, que le propuso al reconocerla, llevarla á casa de Elvira, le contestó riendo y tambaleando:

—Nó, allí nó... llévame á otra, hombre, de tantísimas que hay, pero que sea de á ocho pesos siquiera... ¡todavía los valgo!

IV

IGUAL á lo que se pudre ó apolilla y que, á un momento dado, nadie puede impedirlo ni nada, evitarlo, así fué el descenso de Santa: rápido, devastador, tremendo.

Los sombríos círculos de la prostitución barata los recorrió todos, apenas posando en ellos lo bastante para gustar su amargura infinita y nó lo suficiente para á lo menos tomar resuello y con alientos mayores, después de un poco de relativo reposo, continuar descendiendo como descendía, á tropicónes, con dramático paso, cayendo y levantando, enferma, alcohólica, lamentable! Diríase, al verla, que ahora caminaba á tientas, encogida y medrosa, como caminamos en las tinieblas, ignorando dónde pararía, procurando lastimarse lo menos posible ya que sin lastimamientos no caminaba; resignada corporalmente ¡sólo corporalmente! pues para sus adentros, quién sabe qué maldiciones mascullaba entre los hipoes de sus ebriedades pertinaces y entre sus labios trémulos, que hablaban solos cuando el alcohol concedíala cortos descansos y ella recordaba tiempos mejores, días que fueron, horas que habían sido...!

Desde la noche en que Rubio la repudiara in-

dignado por la flagrante infidelidad, Santa bajaba, siempre más abajo, siempre más; no cual si Rubio simplemente la hubiese repudiado del apócrifo hogar, sino cual si dotado, por milagro repentino, de una fuerza sobrehumana, la hubiera echado á rodar con empuje formidable por todas las lobregueces de las simas sin fondo de la enorme ciudad corrompida. En ellas rodaba Santa, en los sótanos pestilenciales y negros del vicio inferior, á la manera con que las aguas sucias é impuras de los albañales subterráneos, galopan enfurecidas por los oscuros intestinos de las calles, con siniestro glú, glú, de liquido aprisionado que en invariable dirección ha de correr aunque se oponga, aunque se arremoline en ángulos y oquedades sospechosos y hediondos que los de arriba no conocen, aunque brame y espumajee en las curvas y en los codos de su cárcel. Allá van, á escape por cloacas y letrinas, más turbias, más ciegas y más inconscientes conforme engrosan más y más caminan... allá van, sin saber á dónde, golpeándose contra insensibles paredes tapizadas de barro y limo que las estrangulan, deforman y encauzan, que casi han de contemplarlas con las cicatrices que las inmundicias han grabado y esculpido tenaz y pacientemente, y que en el antro, simularán ojos condenados á perpétua fijeza, á nunca parpadear, á ver la fuga de las aguas impuras, con sus iris de lepra y sus pupilas de cieno... Allá va el agua, incognoscible, sin cristales en su lomo, sin frescor en sus linfas; conduciendo detritus y microbios, lo que apesta y lo que mata; retratando lo negro, lo escondido, lo innombrable que no debe

mostrarse; arrojando por cada respiradero de reja un vaho pesado, un rumor congojoso y ronco de cansancio, de tristeza, de duelo... allá va, expulsada de la ciudad y de las gentes, á golpear-se contra los hierros de la salida, á morir en el mar, que la amortaja y guarda, que quizá sea el único que recuerde que nació pura, en la montaña; que apagó la sed y fecundó los campos; que fué rocío, perfume, vida...

¡Así Santa!

La noche de la quiebra con Rubio, no previó nada; habituada á triunfar con su carne de deleite y de pecado, envalentonada con el alcohol que de poco tiempo acá suavizábale los dolores de su cuerpo enfermo y los que fatalmente produciale su desastrado vivir, no prestó al suceso la mínima importancia; que se había concluido el encierro con uno?... ¡bravisimo! demasiado duró; ya vendria otro, y si ese otro no venia ya volverian todos, ansiosos, suplicantes, á implorar, nó que los amase! sino que se dejara amar de ellos, humildes, pacientes, ridículos; con los mismos ademanes, las mismas ofertas, los mismos estrebecimientos y las mismas tonterías... ¿Los hombres?... bah! Y se reía del sexo entero; compadeciase de los que se denominaban "los fuertes"; recordaba esta actitud y aquella cara, y, sin poder remediarlo, reía, reía; rió más alto, dentro de los mugrientos interiores del simón que trastabillaba en el arroyo. Un instante, pensó buscar á Hipólito y comunicarle la ruptura, su decisión de no volver á la casa de Elvira; pero á causa de los entorpecimientos de su voluntad de dipsómana, rechazó la idea, hasta continuó rien-

do del asombro que causaría al músico encontrarse con el nido vacío y el pájaro volando. Le avisaría después.

Cuando el coche se detuvo, Santa desconoció el sitio:

—¿Qué casa es esta?—preguntó al cochero que abría la portezuela.

—¿Esta?... es de las caras,—replicó el automedonte, volviéndose á determinar la fachada,—aquí hay muchas gringas, que hablan en su lengua...

—¿Americanas?... ni á tiros ¡bruto! ¿no sabes que no nos quieren?... Llévame á casa de “La Tosca”, en el callejón de ***

—Ya sé, ya sé,—contestó el auriga encaramándose en su pescante y azotando los caballos,—*orita* llegamos!

Contra toda probabilidad, “La Tosca”, competidora, paisana y enemiga de Elvira, no admitió á Santa por la especie de francmasonería en que se agitan las inquilinas de los prostibulos; sabíase que aunque Santa era artículo de grandísima demanda, se “comprometía” con frecuencia y los parroquianos serios se enfadaban y preferían en establecimiento diverso mujeres menos guapas y á la moda, pero más sufridas y constantes. Sabíase, gracias á la conspiración fraguada contra Santa en su propio burdel, que la chica había estado en el hospital, sin que se hubiese sacado en limpio si con motivo ó sin él. Sabíase que había estado luego diz que con pulmonía—¡vaya Ud. á fiarse!...—y por último, sabíase que en la actualidad estaba enredada con un señorito rico, quien no aprobaría que su querida, por un disgustillo

cualquiera se le largase y le tirara plancha tan soberana... Sobre todo ¿por qué no regresaba Santa, como era natural, á la casa de Elvira, la sola que había explotado á sus anchas la prolongada bonanza de esa mina?... Allí había gato, claro que lo había!

Y “La Tosca” en persona, sin testigos, en su alcoba chillante de ama de tales casas, le brindó un anís y muy cogida de las manos de Santa, tranquilamente la desahució, sonriendo y endulzando la repulsa:

—Pues verás, hija, por qué no te tomo, verás... Lo que te dije de que no hay cuarto disponible, es mentira, que siempre *te* se había de hallar un huequecito donde la pasaras tan contenta... nó, lo que sucede es que no deseo ponerme de uñas con la Elvira, ¡ya ves tú! ella me perjudica y me busca la vida, con su pan se lo coma!... y calcúlate, calcula lo que diría y lo que me haría. Además, tú andas liada con un tío de mucha *guita*, lo sé, boba ¿qué te crees?... Nó, no me salgas con que habéis reñido ¡ea! que tú y yo sabemos que esas riñas duran lo que á nosotras nos pega la gana... el pobrecito te buscará y haréis las amistades, y yo un pan como unas hostias si te recogía...

Santa intentaba terciar, poner los puntos sobre las íes; y de no lograrlo, porque “La Tosca” no consentía baza, conformóse con apurar á pequeños sorbos las copas sucesivas que le escanciaban, sin contarlas, iracunda, retozándole en la garganta palabras soeces.

—Nó, no me interrumpas, chica, que yo no soy fácil... Tú andas enfermita, créeme á mí, *te* se ve en el semblante, criatura!... y esta noche, te car-

gas una *juma* que tutea al Verbo... Vete á casita, no seas tonta, haz las paces con tu oislo varón, y mañana me darás las gracias. ¿Despediste tu coche?...

Muy airada por lo que oía y muy insegura por lo que tenía bebido, Santa se levantó y soltó á "La Tosca" las palabras soeces que en antes retozábanle en la garganta. A ella no le faltaba al respeto ninguna esto ni ninguna estotro:

—Vine á tu casa por favorecerte ¿lo oyes? pero á mí lo que me sobra es donde vivir, y rogada, mal que te pese... Hemos concluido tú y yo, que lo que es ahora ¡por cualquier dinero me quedaba contigo!... ¡cóbrate tus anises!—terminó arrojando á la bandeja un par de duros.

Y más ebria aún, se echó á la calle, resuelta á no llamar á nuevas puertas, siendo como era tan tarde, la hora en que esas casas "trabajan" y no contratan pupilas; segura de que donde quiera que se presentara recibiríanla en palmas; en el fondo, herida en su amor propio de la conducta de "La Tosca". Su coche aguardábala.

—¿Qué hora es, tú?—balbutió pugnando por abrir la puerta del vehículo.

El cochero dijo una hora que Santa no entendió á las derechas. Vacilante penetró en el carruaje y asomada á un ventanillo, agregó:

—Ahora, á la fonda de las Ratatas, que me muerro de hambre... ¡ah, te convidó á cenar si le apuras á los cuacos!

No quiso entrar en el fonducho, al que por humorada fuera distintas veces en unión de señores principales y que debe la fama de que disfruta á lo excelente de sus platos populares, gui-

sados con maestría. Por lo demás, el lugar es infecto, descuidado, sucio y mal concurrido, pero se va á él cuando se anda de tuna y acompañado de mozas del partido. Generalmente arriban los consumidores medio borrachos y salen borrachos completos, mas en el interim, se ha cenado bien, bebido pulque con exceso y hasta trincado con el vecino de mesa: algún artesano hurano y cortés que con urbano modo acepta el trinquis,—y aún lo retribuye,—á reserva de enfadarse y pasar á expresivas vías de hecho si descubre en el trato señoril el menor asomo de desprecio ó burla. Por esa moderación de los contertulios y porque inexorablemente cierra sus puertas á las once de la noche en punto, no hay riñas ni voces que escandalicen ó alarmen al vecindario; á lo sumo si se escucha, puertas adentro, una "Marina" que chapotea y zozobra ó un canto sentimental cuya melancolía piérdese entre libaciones y regüeldos. Es un figón casi decente que derrota al resto de sus congéneres, como ortiga crecidos en los barrios hormigueantes y á los que no puede uno aventurarse sin positivos riesgos. El dueño de éste, obeso y bonachón al parecer, ha visto y oído mucho; conoce las debilidades, flaquezas y lacras de la gente de levita, duélese de ellas, y de no poder remediarlas, las explota callada y estoicamente. Es un antiguo y retirado camarero de *restaurant* que conserva parte de sus viejos hábitos: la cara afeitada, la sonrisa pronta, la contabilidad turbia. En las manos la barba, atisba á su clientela, dormitando á la manera de gato veterano y socarrón que tolera que los ratones se diviertan y chillen hasta

cierto límite. Profesa principios fijos. Repantigado tras el mostrador, defiende con su vientre disforme el cajón del dinero, al que nadie sino él mete mano; á su derecha, los tres barriles de pulque reposan y transmutan en monedas su líquido; frente por frente quédale la cocina, de la que no sacan asado, enchilada ó fiambre que él no divise, sin contar con que los "meseros" deben mostrarle lo que sirven y que él mira al desgairre... No caben engaños; es una ganancia segura. Los obreros lo llaman "D. Fulano"; los de levita lo tutean, en memoria del *restaurant*. El sonríe á todos y no fía á ninguno. A prima noche, lee "El Imparcial".

—Que me sirvan en el coche,—mandó Santa al cochero,—pide cosas que piquen, y que á tí te sirvan en el pescante.

Santa jamás recordó la terminación de la noche aquella. ¿Dónde se encontró al mocito cuyos brazos despertó después del medio día siguiente, en un hotel pésimo de la calle de Ortega?... El muchacho, que por su porte y pergeño acusaba mediana decencia, cuando Santa abría los ojos vestíase con escasísimo ruido, cerradas las maderas del balcón, como si se preparara á huir avergonzado. Reparó en que Santa lo miraba, y se ruborizó; quedóse con la tohalla en el aire, muy encarnado y sin concluir de enjugarse el cuello que le chorreaba hilos de agua.

—¿Ya despertó Ud?—le preguntó, cuál si los abiertos ojazos de Santa no fueran prueba plena de su despertar.

—Pues no lo ves?—repúsole Santa, con su profesional tuteo.—¿Quién eres tú? ¿por qué estoy contigo? ¿qué cuarto es éste?...

El conturbado adolescente,—dieciséis años á todo tirar!—tuvo un arranque de sinceridad juvenil, y parándose á media estancia, en camiseta, lavado de cara y manos, accionando con la tohalla á guisa de bandera de parlamento, despejó la incógnita:

—Se lo voy á decir á Ud. todo, la pura verdad! Ya esto no tiene remedio y no quiero que Ud. vaya á formarse juicios desfavorables; prefiero que me mande Ud. preso, de una vez, á que se crea lo que no es...

—¿Qué yo te mande á la cárcel!... ¿y qué me has hecho?—le preguntó Santa interesada é incorporándose en la cama, hincado un codo en las almohadas, en fuga la angostísima manga de la camisa de seda y embutidos, al descubierto un hombro y el nacimiento de uno de los senos,—¿qué me has hecho?... no llevas cara de bandido...

El muchacho, siempre muy colorado, confesó su hazaña.

Era estudiante y estudiante pobre, de la Preparatoria, sin su familia en Mexico. Hacía bastante tiempo, lo menos un año, que había conocido á Santa en una "tanda" última del teatro Principal; ella elegante, alhajada y guapa, con otra muchacha, y dos sujetos bien puestos que intentaban ocultarse en el fondo del palco. Prenado de ella, tomó informes y supo en qué casa vivía, cuánto costaba visitarla y qué difícil resultaba el lograrlo, aún disponiendo de la suma, crecida para los flacos bolsillos de él. Sin embargo, á punta de privaciones y ahorros sobre sus mensualidades, amasó el total que cambió

por un flamante billete de á diez pesos, y que guardó como tesoro dentro de una calavera,—ornato de su cuartucho y propiedad de un compañero, estudiante de medicina,—para que la portera por miedo al cráneo no se hurtase el billete. Mas á pesar del billete y contra lo que rabiaba por morder á Santa, no se decidía á ir en su busca; concretábase á contemplar el papel y á prometerse un gran goce para cuando la rabia lo apremiase ó para cuando venciera esa timidez inexplicable en él, que, en la escuela y con sus amigos, pasaba por emprendedor y osado. Tenía novia, y bonita; y las noches en que conseguía charlarle á la ventana, despedíanse con un beso, por entre los barrotes... Había tenido amores de más enjundia, con una costurerita del *Palais Longchamps* ¡el de la calle de Plateros!... y una dependiente de "La Imperial", esa casa americana con espejos, en la que venden sodas y helados, acogía sus requiebros, sus ramos de violetas, había aceptado su invitación de ir con él solo á las luces de los Angeles, hasta las 10...

—Pero con Ud. no pude nunca!—continuó, yendo á sentarse á la insegura cama, que gimió con el duplicado peso, y en la que Santa embelusada lo escuchaba,—no, nunca! Llegaba yo al jardín ¡vaya, una noche hasta me asomé á la sala! por cierto que un ciego toca el piano ¿verdad? para que vea Ud. cómo sí me asomé!... pero al tratar de preguntar por Ud., la lengua se me pegó al paladar, me temblaron las pantorrillas y sólo atiné á escaparme. ¡Me dió tanto berrinche y me dije tantas picardías por bruto!... Y Ud. dispensará ¡Santa!—añadió virilmente,—el billete

destinado á Ud. lo gasté al fin, que en este México es empresa de romanos economizar dinero. Ya sin fondos, me he conformado con soñar con Ud., de tiempo en tiempo, y con mirarla mucho, mucho, cada vez que la veo en alguna parte. ¿A que Ud. no me conocía ni de vista?... Anoche, ya tarde, yo salía del teatro de Arbeau y me la encontré á Ud. frente á la botica de las Damas, rogándole el cochero que bebiera una toma de acetato; estaba Ud. semi congestionada ¡caracoles!... la reconocí, y me dió un gusto!... Le hablé á Ud. por su nombre y Ud. me contestó de tú, me dijo: "Súbete aquí, conmigo, y la correremos juntos." Al sordo se lo dijo Ud. que no había acabado de decirlo y ya estaba yo adentro, pegadito á Ud. que se me recostó en el hombro. Lo malo fué...—Y calló; púsose á retorcer la tohalla, más encarnado todavía.

—¿Qué fué lo malo? dímelo, bobo ¿qué fué?...

—Bueno, pues sí!—exclamó el estudiante después de reflexión breve,—fué lo malo que el cochero se insolentó al ordenarle yo que nos llevara á la casa ésa en que Ud. vive. Le di las señas y, riéndose el muy ordinario, me plantó en mi cara que si no se le liquidaba no daría ni un paso! Yo... yo no llevaba dinero ni de dónde sacarlo; por fortuna, me acordé de mi reloj, un reloj de níquel que anda al pelo y así de grandote, como sartén; lo saqué y se lo propuse en prendas, que se lo rescataría hoy... él lo vió, lo oyó, por poco no lo prueba el muy desconfiado, y se dignó traernos á este hotel ¿qué hacía yo con Ud. dormida y trastornada, en medio de la calle?... El cuarto se debe, hay que pagarlo ahora,